
INSPECTORIA S. GABRIEL ARCANGEL

Santiago - Chile



Quilpué, 15 de Junio de 1966.

Queridos Hermanos :

El miércoles 18 de mayo falleció en Lo Cañas nuestro joven hermano Osvaldo Toro Rodríguez, de 23 años. Dos años de una inexorable nefritis crónica acabaron con su joven organismo, no obstante los serios y largos tratamientos a que fue sometido en Valparaíso y en Viña del Mar.

El pensamiento de la muerte lo acompañaba a menudo, como podemos leer en sus apuntes del año de Noviciado, 1962. Notamos en sus reflexiones por una parte el natural temor humano a abandonar las personas y cosas que lo rodeaban y por otra la actitud cristiana que ve en la muerte el ir al encuentro con el Señor Jesús. El 10 de Julio escribía: "Muerte: si me dijeran que mañana voy a morir: ¿cómo lo aceptaría, le agradecería al Señor por elegirme a mí? ¿Aceptaría alegremente, me desesperaré por esta noticia? ¿Sentiré dejar tantas personas y cosas?...,

pero será para ir a Dios... Me será muy difícil aceptar, Señor, si no me he preparado antes para estas respuestas. Con tantos años que llevo cerca de ti, Señor, ¿estoy preparado ya para cuando desees llamarme? ¿Me conformaré con tu voluntad? Llámame cuando quieras, Señor, estoy pronto para ir a tu encuentro. Si tanto amo a algunas criaturas, ¿cuánto más deberé amarte a ti, Señor? Dicen que cada muerte es una cátedra, ¿en cuál aprendí yo, Señor? ¿Será el temor al infierno lo que me hace prepararme? ¿O será la alegría de unirme pronto a ti, Señor? ¿Qué enseñanza dejaré yo? Veo a todos mis compañeros alegres, jóvenes..., ¿piensan ellos también que pueden morir dentro de pocos momentos? Me aterra, Señor, la idea de morir pronto..., pero si Tú me llamas... iré gustoso cuando quieras..., no me abandones en ese momento”.

En todos los que conocieron o trataron a Osvaldo queda una profunda y grata impresión de su persona, por su sencillez, su paciencia, su optimismo y resignación, y su infaltable humor que le hacía exclamar al superar la segunda crisis el mismo día de su muerte: “¡Chitas qué cuesta morirse!”.

Aceptaba con buen humor las dificultades de la enfermedad y sobre todo los caracteres diversos de sus compañeros en la Comunidad. Llamó la atención, porque no se oían críticas en sus labios. Veía el lado bueno o se desentendía cuando en las conversaciones se mezclaban temas de crítica. Se aceptaba a sí mismo tal como era, sin pretender ser un gran héroe o algo extraordinario. Era muy sencillo. Fácilmente abordable por Superiores y compañeros.

En todo momento manifestó gran cariño por la Congregación salesiana, y sufría ante la idea de tener que abandonar la Congregación por motivos de salud. Se preocupaba en forma no común por conocer a Don Bosco, leyendo los volúmenes de las “Memorias Biográficas”, tomando apuntes sobre los criterios del Santo bajo diversos puntos de vista, como el sistema preventivo, etc. Concienzudamente se preparaba para el tirocinio práctico, juntando material didáctico o de entretenimientos.

Su alegría y buen humor lo manifestaba aún en el lecho de la enfermedad, coleccionando chistes para contarlos a los que iban a visitarlo, o para hacerlos publicar por sus compañeros en el diario mural.

Un joven hermano nos ha dejado. Nuestra Inspectoría que tanto necesita de jóvenes generosos que consagren sus existencias al apostolado que la Iglesia nos confía, puede contar con un protector más en el Paraíso. En Septiembre de 1963 Osvaldo escribía: “Muchas veces,

Señor, al oír, leer o pensar sobre la muerte, poco he meditado y he cambiado enseguida de tema. Si, Señor, me doy cuenta que le tengo mucho miedo a la muerte, temo más bien dejar tantas cosas y personas queridas. Es cierto que si muero voy a ir contigo pronto. ¡Qué felicidad!, pero mientras tanto esto no me mueve a actuar mejor. **Pienso, eso sí, que si muero, desde el Cielo voy a beneficiar a mis padres, amigos, compañeros, superiores...**".

A todos nosotros nos deja pensamientos y ejemplos que deben ayudarnos en nuestra vida. En la víspera de su profesión, 30 de Enero de 1963, escribe: "Señor, desde ya me entrego completamente a Ti: haz de mí lo que quieras. No pondré condiciones cuando deseen enviarme a alguna casa: aceptaré ir a la que me envíen, porque allá estás Tú, Señor, llamándome a trabajar y a predicarte a ti con el ejemplo, la oración y mi esfuerzo..., con el Director que me des estaré conforme, y le amaré como a mi Padre San Juan Bosco. Sé que tengo pocas cualidades, pero todo lo puedo en ti, y además ¡Tú me darás la Maestra!". Poco antes manifestaba este pensamiento: "Tú sabes que quiero ser salesiano, no para ganarme la vida, sino para DAR mi vida por la salvación de las almas".

Osvaldo nació en Santiago el 15 de Junio de 1943; cursó preparatorias en el Oratorio Don Bosco, y de allí fue enviado a Macul en 1954. Durante su aspirantado perdió un año de estudios por la misma enfermedad que al reaparecer nueve años más tarde lo llevó a la tumba.

Hizo su Noviciado en Quilpué, profesó el 31 de Enero de 1963. En Junio de 1964 reaparecieron los síntomas nefríticos y desde entonces estuvo en continua observación y bajo estricto control médico, por este motivo no pudo concluir su segundo año de Filosofía. Estuvo hospitalizado varias veces durante meses, sometido a tratamientos cuidadosísimos. Guardó cama prácticamente por casi dos años.

En Enero de 1966 renovó sus votos religiosos y había sido destinado a la Casa de Valparaíso para quedar cerca de los médicos que lo atendían. El agravarse de sus condiciones no le hicieron posible trasladarse a la casa de destinación, sino que después de un mes en el pensionado del Hospital de Viña del Mar, fué traído de nuevo a Quilpué completamente desahuciado por los médicos. Recibió en el Hospital por primera vez la Unción de los Enfermos. Desde ese momento y todo el tiempo de su permanencia en casa fue asistido día y noche por los clérigos estudiantes de filosofía y atendido por enfermeras durante el día.

Al encontrarse nuevamente en medio de sus compañeros y al poder tener a su lado a su mamá cuatro días durante la semana, tuvo una pequeña mejoría. Entonces se pensó trasladarlo a Santiago para tentar un nuevo tratamiento. El nuevo Padre Inspector, don Eugenio Pennati, personalmente lo acompañó a Lo Cañas, pues esa casa ofrecía más comodidades, y Osvaldo tenía amigos entre los superiores y estudiantes de teología.

Después de casi un mes de permanencia ahí, donde fue cuidado continuamente por estudiantes de teología, le sobrevino la crisis final, que los médicos esperaban de un momento a otro. Con plena lucidez recibió nuevamente la Unción de los enfermos y la Bendición Papal.

Queridos hermanos: este joven hermano que pasó 12 años en nuestras casas de formación, nos recuerda algo importante para nuestro trabajo: la vida salesiana en nuestra Inspectoría con sus trabajos, preocupaciones y vaivenes está alimentada por la vida de unión con Jesucristo de nuestros hermanos. En carta al Padre Inspector don Oscar Valenzuela, Osvaldo escribía desde el Hospital Van Buren de Valparaíso: "Cada mañana viene el Capellán del Hospital a traerme la Sagrada Comunión, y con esto puedo asegurarle que entonces la soledad no existe. En ningún momento me he aburrido, y creo que ha sido por la compañía de Jesús y de su santísima Madre. Los dolores los he ofrecido como expiación personal y por las vocaciones de las cuales veo que tenemos mucha necesidad. Dios nos está pidiendo víctimas: el Padre Díaz, el Padre Zavataro..., si es su voluntad, yo..., estoy dispuesto..., cuando El quiera. Sólo desearía sufrir un poquito más. Hasta ahora me ha mandado pocos dolores...".

Que la figura y el ejemplo de este hermano que nos ha precedido en el encuentro con el Padre nos dé fuerzas para continuar desarrollando nuestra misión.

Os pido una oración por el alma de Osvaldo, y que tengáis presente en vuestro recuerdo y oración esta Casa de Noviciado y Filosofado.

Afmo. **A. Videla T.**, director.

Datos para el Necrologio: Clérigo **Osvaldo Toro Rodríguez**; nació en Santiago el 15 de Junio de 1943, hizo en Quilpué su primera profesión el 31 de Enero de 1963. Murió en Santiago, La Florido, el 18 de Mayo de 1966.
